

## AL PÚBLICO

La Administración del periódico está abierta todos los días hábiles de 9 á 11 a. m.

EL ADMINISTRADOR.

## NUESTROS GRABADOS

DÁMASO LARRAÑAGA.—Pocos datos biográficos podemos dar á propósito de este sábio sacerdote, que tanto se adelantó á la generacion de su tiempo, llegando á poseer un vasto caudal de conocimientos científicos, vertidos en algunas obras que hoy mismo llaman la atención de los contemporáneos. Sabemos únicamente que fué nuestro primer naturalista, especializándose en la parte que comprende la botánica, y que bajo el punto de vista de su ministerio religioso, fué un sacerdote lleno de virtudes y digno de ser presentado como ejemplo. Prestó importantes servicios á su país y su nombre se perpetúa en los santuarios del saber. Como acto de justicia, publicamos complacidos el retrato de tan ilustre muerto, en la certidumbre de que será bien recibido por todas aquellas personas que puedan valorar sus méritos.



ASALTO Y TOMA DE MONTEVIDEO POR LOS INGLESES.—Después de prolongados ataques á la plaza, por las fuerzas del gefe inglés Auchmuty, ordenó éste que se concentraran los fuegos en la parte más débil del recodo del porton del Sud, situado donde hoy hacen vértice de ángulo las calles de Camacú y Brecha, cuyo nombre le viene de haberse abierto por allí brecha los asaltantes.

En la madrugada del 3 de Febrero de 1807, aprovechando en parte las sombras de una noche tempestuosa en momentos, aunque de luna, pudieron las tropas inglesas aproximarse á los muros, sin ser vistas ni sentidas. Ya clareando el día y descubierta la brecha por el capitán Remy, que pereció al intentar montarla, según lo dice el mismo parte de Auchmuty, fueron rechazados de nuevo los ingleses por las tropas españolas, que se portaron heroicamente. Por dos veces las balas de los bloqueadores rompieron el asta bandera de la ciudadela y las dos veces fué enarbolado el pabellon español por el valiente miliciano Ramon Martinez, entre una lluvia de balas. Actualmente existe en el Museo Nacional, uno de los grandes perillones de piedra que hallábanse á los dos lados de la parte alta del porton y que fueron derribadas por las balas de los invasores.

Después de una tenaz resistencia, en que portose dignamente el Gobernador Ruiz Huidobro, pasaron la brecha y entraron á la ciudad. Nuestro grabado es copia de un cuadro que existe en el Museo de Londres, y que es hecho según se asegura, por uno de los mismos que tomaron parte en el sitio.

## LOS CARNAVALES

(ANTAÑO Y OGAÑO)

Echáme yo ahora á hacer un estudio histórico, desde los comienzos del Carnaval, y tuviera, de seguro, para indigestar á mis lectoras con un par de columnas de citas, fechas, Lupercales y Saturnales y mil otras antiguallas que hablarían mucho en favor de mi erudición, para los que no saben que éstas cosas se encuentran en cualquier librajó de esos en que muchos cosechan los partes y novedades con que se dán infulas de ser sabedores de cosas de

otros siglos, sin darse cuenta, la más de las veces, de lo que acontece en el que viven, como que vá mucho de copiar lo que otros dijeron, á hacer por sí las observaciones y comentarios á que se presta lo que nos rodea.

No crea, pues, el lector, que voy á remontarme hasta los orígenes de la fiesta que hoy comienza, pues solo echaré un vistazo á quince años atrás, la mitad de los que tengo, con un ítem que no hay para que detallar, pues sabido es que, tanto hombres como mujeres, no salimos de los treinta hasta que los cuarenta nos suenan, y de acá á allá todavía vá largo para mí. ¡Así pudiera estirarlo...!

Decía, pues, y digo que ahora quince años se jugaba al carnaval á huevazo limpio, cosa de todos sabida, pero como el tiempo pasa, y con él se van los recuerdos, no estará demás hacer memoria de aquellos tipos especiales de nuestro carnaval, y digo nuestro, porque no he oído jamás hablar de que, fuera del Río de la Plata, se jugase al carnaval como entre nosotros, de aquella manera *criolla*, que degeneraba la mas de las veces en sopapos.

Convengo con los que dicen que aquello era bárbaro, pero quiero, también, que convengan conmigo en que era muy divertido; era más espontáneo, más popular, y sobre todo, más barato.

Los edictos policiales sólo prohibían el uso de huevos de avestruz, y otras armas por el estilo, capaces de dar en tierra con los transeúntes, y el comienzo del juego se anunciaba con un cañonazo, disparado desde la que fué fortaleza de San José, y no hay para que pintar la ansiedad con que los jugadores esperaban, reloj en mano, el estampido guerrero, para emprenderla con el primer incauto que pasase.

Todo era sonar el cañonazo y echarse á la calle centenares de muchachos, con canastas los unos y con cajones los otros, cogidos con un cordel á los hombros, anunciando á grito pelado:

*¡A los buenos güevitos de olor  
Pa las niñas que tienen calor!*

á lo que otros contestaban:

*A los buenos güevitos de triqui traque  
Pa las niñas que usan miriñaque.*

Llevaban los muchachos en frágil mercancía, muy arreglada en hileras rojas, verdes, azules y amarillas, según el color dado á la cera con que se tapaban las cáscaras después de llenarlas de agua nominalmente perfumada, á razón de un frasco de *eau de cologne*, de aquellos larguiruchos, por cada balde de agua, y retobadas con trapos de todos colores, cortados en redondo y sumergidos dentro de la cera hirviendo, para pegotearlos en el huevo relleno, que quedaba convertido en temible proyectil.

Estos chicuelos, surtían á los jugadores accidentales, á los paseantes que se entusiasman al recibir un balde de agua, y devolvían la fineza con una docena de balazos, que no de huevazos, según era la fuerza, con que arrojaban las cáscaras, muchas de las cuales, mal rellenas, se estrellaban en el aire, disolviéndose la carga de agua en menudísima lluvia, tal era el impulso que llevaban.

Pero el jugador típico era el orillero de sombrero gacho, poncho, pañuelo de golilla, y en la mano otro, atado por las cuatro puntas, dentro del cual llevaba su provision de hasta dos docenas de huevos, bastante para divertirse los tres días.

A buen seguro que mi hombre lanzase un huevo á la ventura. Apuntaba como quien va á tirar al blanco, revolaba el brazo dos ó tres veces, y si consideraba dudoso el golpe, volvía á guardar su huevo por no malgastarlo.

Y así se recorría toda la ciudad, soportando los baldes de agua que desde las azoteas y balcones le llovían, ó recibiendo en plena cara uno de esos jarrazos traicioneros, que salían de atrás de una puerta entornada, disparados generalmente por una fornida gallega, ó por alguna morena de esas que tienen cada brazo como un tronco.

Al caer la tarde se veía venir en una ó otra dirección, una gran comitiva precedida y seguida de una turba de muchachos. Eran los jugadores de alto tono, la juventud dorada de Montevideo, que salía á jugar por lo fino, con cáscaras de cera y cartuchos de confites. Era de verlos tan ufanos y alegres con sus garibaldinas azules ó rojas,

pantalón blanco, bota de charol á la granadera, lujosa faja de seda, y en la cabeza una boina graciosamente achatada hácia un lado. Allí era el salir apesuradamente á los balcones las señoritas, armadas de sus jarros, echando agua con una mano sobre aquellos perispuestos donceles, y defendiéndose con la otra de los proyectiles que ellos les arrojaban con toda mesura, á barajar, para no lastimarlas.

—Acérquese, pues, no sea cobarde, decía una dirigiéndose á alguno de los campeones.

—Me acercaré si Vd. me tira esa flor que tiene en la cabeza, contestaba el amartelado galán.

—Allá vá, venga á recogerla. Caía la flor, bajo los balcones, apresurábase el caballero á levantarla, y cuando con una amable sonrisa iba á saludar á la dueña, recibía en el rostro un torrente de agua que le enceguecía, y ahogaba, desgracia que él trataba de disimular diciendo con toda galantería:

—¡Como ha de ser! No hay rosas sin espinas...

Y así seguía el juego por largo rato, ellos aguantando un diluvio de agua, que los dejaba ensoyados, y ellas recibiendo los huevos de cera, que se estrellaban en sus manos, perfumándolas con esquisitas esencias, no sin que de vez en cuando se oyese á alguna gritar:

—¡Pu! Está podrido.

Cuando ambos beligerantes quedaban ya rendidos de la refriega, empezaba la parte galante de la fiesta. Los caballeros arrojaban á manos llenas cartuchos de confites, y ahí era el gritar y manotear de los chicuelos, que estaban á los desperdicios, lanzándose en masa sobre la vereda, cuando algun cartucho no llegaba á su destino, empujándose, pateándose, por agarrar la codiciada presa, mientras los jugadores hacían toda clase de esfuerzos para barajar las coronas que en cambio de los confites les llovían, retribuyendo todavía ellos el obsequio con cajas especiales, de antemano destinadas á fulana y á zutana, á quienes las enviaban por médio de sus sirvientes, no atreviéndose á correr el albur de que al arrojárselas, cayesen entre la turba multa de arrapiezos que andaban á caza de gangas.

Venían, por fin, los saludos, que por lo general iban rociados de algun jarrazo especial, combinado con la muca, ma, estratégicamente colocada para no errar el golpe, y trás de esta húmeda despedida, retirábanse los jugadores, mojados hasta la médula de los huesos, las camisetas lácias, destiñendo el azul ó el rojo de la tela sobre los pantalones, pero muy orgullosos con sus coronas, terciadas al hombro, cifrando cada cual su orgullo, en el mayor número de las conquistadas, en la acción que acababan de librar. ¡Pobres coronas! Al finalizar la jornada, solo quedaban de ellas algun giron de tarlatan marchito, y como triste realidad, el arco de barrica en torno del cual la delicada mano de fulanita abullonaría crespones y tules para obsequiar á su campeón.

Muchas veces, cuando las heroínas estaban ya muy tranquilas haciendo el recuento de los regalos, y narrando los episodios del combate, se veían derrepente sorprendidas, invadidas por un grupo de intrépidos, que iban á librarles batalla dentro de sus propias trincheras.

Gritos, cerramientos estrepitosos de puerta, vidrios rotos, repliegues de las jugadoras á un rincón y protestas de los dueños de casa;—tal era el comienzo de la lucha.

El campo de batalla era la prudentemente desamueblada desde el día anterior, sin alfombra, sin cortinas, sin ningun adorno, en fin, más que la gran tiná de baño colmada de agua, el baño de asiento, la tinaja, los tachos grandes de la cocina, y todo cuanto cacharro pudiera servir de depósito, para tener bastante agua á mano.

Repuestas las niñas del susto, emprendían el ataque, provistas de sus jarros, pues bien cuidado tenían de no dejar sus armas para que el enemigo las aprovecharse. Defendíanse los hombres como podían, con las manos, con el sombrero, con lo que les caía al alcance, pero generalmente acababan por quedar vencidos, porque es irresistible una carga de jugadoras de esas que se calientan en la refriega y ya no miran para atrás, arrojando agua mientras tienen agua y concluyendo á jarrazo limpio cuando ya no tienen con que mojar.

Escurríanse los asaltantes como podían, perseguidos hasta en la escalera por la servidumbre, que hacia de reser-

va a las patronas, pero frecuentemente sucedía que el mé- nos listo ó el más aturdido quedaba solo, encerrado dentro de un círculo femenino, que, no por serlo, era menos terrible, y entonces pagaba él la calaverada, por él y por sus compañeros. Esta le aturde con un jarro de agua en los ojos, aque la le aplasta, encasquetándole un balde lleno en la cabeza, la otra le pellizca en un brazo, tironéale la de más allá de las orejas, hasta que, entusiasmada de veras, cargan las cuatro con él y apesar de sus manotadas y pataleos, le zambullen dentro de la tina, y de buena gana le ahogarian, si la oportuna intervención del dueño de casa no pudiese fin á la gresca. Cómo saldría de mohino y cariacontecido el zarandeado asaltante, es cosa que ya el lector sobradamente se imaginará. . . !

Había, también, los jugadores hípicas, grandes ginetes que se lucían cerrándole piernas al caballo; para pasar por entre dos cantones, en médio de una granizada de huevazos y una lluvia de bombas, costaleando el caballo sobre las piedras, azorado con la bula, con los proyectiles que lo herían, con lo resbaladizo del suelo y con la constante amenaza de los lados del frente y de atrás, sin atinar por donde huir para librarse de aquel infierno.

La calle sembrada de retazos de papel y de cáscaras de huevos, denunciaba á los jugadores que, ocultos tras de pretilos de las azoteas, acechaban á los incautos. Derrepente aparecía un transeunte y mirando con cara de pillo, se aventuraba en la cuadra peligrosa, con la seguridad de burlar á los que le esperaban. Si las bombas y cáscaras estaban sobre una acera, tomaba él por la de enfrente, calculando entre sí que los jugadores estarían encima de él y contra ellos se defendía pegándose todo lo posible á la pared, para resguardarse en las cornisas y balcones. ¡Inocente! . . . Cuando más contento iba felicitándose de su traversura, y sonriéndose del chasco que había dado, zás! de atrás de una puerta que él ni sospechaba, le disparan un balde de agua que lo ensopa de los pies á la cabeza. Aturdido por la sorpresa y temeroso de una nueva arremetida, saltaba al médio de la calle y entonces le aprovechaban los de arriba, apedreándole á huevazos, haciéndole tambalear á baldes de agua, y muchas véces, dando con él en tierra de un bombazo certeramente acomodado á la cabeza. Entonces se armaba una de silbidos, de gritos, de toques de corneta y de matraca que atraían á todos los curiosos, prudentemente aglomerados en la esquina, y cuando más encantados estaban estos gozando con las desgracias del caído, ¡pataplum! llovía sobre ellos una tina de agua que los dispersaba, echando pestes y maldiciones contra el travieso que tan donosamente les había burlado.

¡Oh! ¡los buenos tiempos! Ya se fueron para no volver, ahora todo es mezquino y raquíto. Se juega con pomitos, ridículo remedo de aquellas monumentales geringas cuyo grueso chorro alcanzaba hasta los miradores. Y lo mismo que los jugadores, se van las máscaras, aquellos máscaras típicos, que ha pintado de mano maestra Dermidio Demaria describiendo á los marqueses y á las pastoras, sudados ellos dentro de sus casacones de terciopelo, y de padas ellas con los zapatos estrenados ese día, y domados en una continua caminata desde las doce hasta la puesta del sol, para seguir despues el buréo en los transijados bailes de rompe y rasga, en que ván las parejas ceñidas como los hermanos Siameses, haciendo de dos cuerpos un solo bloque que se menea cómo un pay de mil y suda á mares desde la punta del pelo hasta. . . ¡no descendamos, por higiene siquiera, hasta esos extremos que no hay para que nombrar! . . .

¿Dónde se han ido los condes de careta de alambre, con la boca de resorte para fumar una tagarnina? ¿Dónde, los indios de camiseta de punto, adornada la cintura y la cabeza con desperdicios de plumeros? ¿Qué se han hecho los turcos de cabeza atada con pañuelos de algodón, luciendo sobre la ropilla la licencia policial, y holgadamente calzados con amplias alpargatas?

Los infantes de Aragon

¿Qué se hicieron? ¿Dónde están?

Ya no se ven aquellas comparsas heterogéneas, formadas por acumulación en torno, de un acordeon ó de una pandereta, sin conocerse los unos á los otros, vinculados momentáneamente, por el deseo de marchar al compás de una música cualquiera, y disolviéndose de la misma mane-

ra que se agruparon, sin darse siquiera las buenas tardes, elementos congéneres en el modo de ser, que se agrupan como lo hacen los pájaros, en bandadas, aunque sean de diversa procedencia y plumaje, solo porque son pájaros, como solo por ser turcos todos ellos se empanillaban, aquellos máscaras de los buenos tiempos.

Pero, no eran solo éstos, los que apelaban al disfráz en esos días clásicos del engaño. También los jóvenes de la mejor sociedad se organizaban en lucidas comparsas, y de las de mi tiempo, recuerdo muy especialmente, *La Mitológica*, cuyos socios pertenecían á las mejores familias. Como su nombre lo indica, era aquella comparsa formada por los Dioses del Olimpo y cada cual tenía su traje y sus atributos espresamente mandados venir de Europa.

Hacia de *Júpiter* Eugenio Garzon, ya con sus tendencias de mando, muy grave, envuelto en su manto rojo franjeado de armiño, ceñida en la frente la corona, y esgrimiendo en la diestra el fulminante haz de rayos.

Federico Vidiella representaba á *Vulcano*, con su mandil de cuero y su gran martillo, aunque no caracterizando al dios herrero en su cojera, tal vez por que era poco elegante eso de hacer el rengo delante de las niñas.

*El Cielo* figuraba Apolinario Gayoso, todo tachonado de estrellas, radiante de sol y plateado de luna; y á su lado marchaba Emilio Herrera; con casco, escudo y lanza, remediando al belicoso *Aquiles*. Santiago Michelini, que con toda seriedad está hoy en su bufete de *El Siglo*, era por aquel entonces nada menos que el fornido *Hércules*, con su piel de tigre al hombro y su gran maza en la mano, haciendo pareja con Miguel Reissig que, vestido de *Terror*, aterrorizaba á cuanto chicuelo encontraba. De *Momo* hacia Ricardo Lacueva, obligado á reir aunque le doliesen las muelas, forzado por el jocoso papel que representaba; y Carlos Castells, figurando á *Saturno*, pareciendo querer tragarse las piedras solo por representar á lo vivo aquel gran comilon, que hasta sus hijos devoraba. José Antonio Ferreira reproducía el pudoroso *Telémaco*, y sospecho que lo copiaba hasta en lo de *gustarle todas en general*, sin hacer hincapié en rúbias ni en morenas.

Su hermano Alberto caracterizaba á *Mercurio*, papel que se le confiò, por ser el más espigado de la comparsa, y andaba él muy ufano con su caduceo adornado de víboras en la mano, y sus alitas en los talones y en el casquete. Eduardo Nebel personificaba á *Marte*, con su yelmo y su coraza, esgrimiendo una tajante espada, y tan por lo sério tomó la cosa que no quiso guardarla virgen, como otra que Vdes. conocen, y la envainó en un ternero, que murió orgulloso al verse herido por aquel Olímpico acero. Eduardo Fariña era *Neptuno*, con su punzante tridente, todo adornado del atributos marinos, y junto con él figuraban *Orfeo*, *Apolo* y otras divinidades, que no recuerdo á quienes estaban confiadas.

Lo que si recuerdo es al Dios *Pan*. Figúrense ustedes á un hombre metido, en pleno Febrero, dentro de una pie de carnero, cerrada desde el cuello hasta los pies, como si estuviese forrado en lana, y ya se imaginarán lo que sufriría, lo que se fastidiaría el joven Calvo, hermano del reputado músico don Carmelo, que bramaba de calor y de ira contra la diabólica idea de aquel maldito pastor, de vestirse de zamarras de carnero. Lo que Calvo renegaba, no es para repetido, pero si puedo garantir que recordaba con fruición, la hoja de higuera y que de buena gana hubiera cambiado su gerarquía de Dios Olímpico, por la de un simple Adán, apesar del ligero traje que usaba nuestro padre comun.

*La Mitológica* no era una comparsa de mera exhibición. Los dioses cantaban como simples mortales, y al efecto, Vicente Lopez compuso unas canciones con sabor olimpico, erizadas de estrújulos, y Carmelo Calvo las puso en música, en una música mitológica, también, como correspondía á tan mitológica comparsa. Decía el coro:

Llenos de júbilo  
Los mitológicos  
Que manda Júpiter  
El inmortal,  
De los empiresos  
Al mundo misero,  
Todos bajemos  
Al carnaval.

Era de ver los aires que se daba *Júpiter* cuando se oía

decir inmortal! Ensayados los coros y templados los instrumentos, resolvió, *la Mitológica* echarse á la calle, y por no hacerlo á la usanza de los mortales, que ván por lo general á pié, alquilaron un carro de mudanza, sobre el cual levantaron una gradería que semejava el Olimpo, donde iban muy gravemente sentados los dioses, ocupando la cúspide el alado y travieso *Cupido*, que lo representaba Manuel Reissig, chicuelo á la sazón de diez años, lindo como un querubin, armado de su arco y colgada á la espalda la aljaba bien provista de traicioneras flechas.

Arreglado todo, montaron los dioses en su olimpico carro, vestido el cochero con un traje también mitológico, para no desdecir del conjunto. Precedían á la comparsa unos lictores, ginetes en blancos corceles, y tras ellos iban los músicos, metidos dentro de un carro adornado, todos ellos vestidos de romanos, haciendo la más estafalaria figura.

Cerraba la marcha el carro de los dioses, parecido á aquel que encontró don Quijote con los cómicos que representaban *Las córtés de la muerte*; y puesta en camino la comitiva, se dirigió á la casa del Sr. Vidiella, cuyo hijo, Federico era el presidente de la comparsa, correspondiéndole, por consiguiente, la primacia en cuanto á ver y oír á los cantantes olimpícos.

Vivia entonces el Sr. Vidiella en la esquina de la plaza, altos de la antiquísima *Confitería Montevideana*, que hoy está como era entonces, es decir, hace la friolera de quince años, y allí bajó la comitiva con mucho órden; subieron los dioses á la sala, donde les esperaba toda una corte de hurries, lucieron sus trajes, entonaron sus canciones, é hicieron sus gracias, si es que hacerlas sabían.

Aplaudidos y festejados fueron los *Mitológicos*, con toda espléndez y satisfechos con aquel triunfo que en su primera salida alcanzaran, decidieron visitar algunas otras casas, empezando por la de don Salvador Buxareo, que era la más cercana, situada en la calle 25 de Mayo casi esquina á la de Cerro. Instalados todos en sus sitios, partieron los lictores, al trote de sus caballos por la calle de Cámaras; tras ellos arrancó el carro de los músicos romanos y en seguida se puso en marcha el Olimpo, arrastrado por cuatro briosos corceles, que, encontrando liviano el tiro por la pendiente, tomaron á trote más que regular, zangoloteando á los Dioses que hacían pinimos por no caer, tales eran los balances del vehiculo, debidos á las desigualdades del empedrado.

Al llegar los lictores á la esquina de Cámaras y 25 de Mayo, doblaron por esta en Direccion á lo de Buxareo; dobló en seguida el carro de los músicos, pero el de los Dioses y eloz como venia, todo fué doblar y volcarse, cayendo carro, Dioses, catafalco y atributos contra la hojalateria de Carril, situada entonces en el sitio que hoy ocupa el encantado palacio de Don Pancho Gomez.

El que mejor parado salió fué *Cupido*, que por ser el mas encumbrado escapó ileso de toda apretura, cayendo de lo alto como un angelito con sus alas abiertas.

¡Pero los dioses! ¡No les valió para nada su divinidad! Voceaba Júpiter, renegaba Saturno quejándose á grito herido Vulcano, apostrofaba Marte al mitológico carrero, que juraba *¡per la Madonna!*, echando ajos y cebollas como un condenado, y todo era allí confusión, algarabía y desesperación de los salvados, al ver que debajo del carro habia un amasijo de Dioses que pataleaban, manoteaban y pedían auxilio.

¡Adios Olimpo! ¡Adios canciones! ¡Adios trajes! ¡Adios triunfos!

El único que no tuvo que quejarse fué el dios *Pan*: aquel cuero lanudo que tanto le sofocaba, le sirvió de colchon en la caída, realizándose así en él aquello de: «no hay mal que por bien no venga».

Y no cuento más, lector, por que yo ya estoy cansado y tu estarás aburrido, así es que doblemos la hoja, y no hablemos para nada de estos carnavales chirles de ahora, en que no hay huevos, ni bombas, ni jarros de agua, ni jugadores de pañuelito, ni héroes de cornas, ni asaltos, ni marqueses, ni pastoras, ni turcos, ni tumbos mitológicos, como el que llevaron mis amigos en su olimpica escursión.

¡Pomitos. . . ! ¡Dominós. . . ! ¡Bah! ¡Bah! ¡Bah!